

verrier presentaba en la Academia los últimos pliegos de sus *Investigaciones astronómicas*, comprendiendo las teorías y las tablas del Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y se espresaba así: «Durante esta larga empresa, verificada en cinco años, hemos tenido necesidad de ser sostenidos por el espectáculo de una de las más grandes obras de la creación, y por el pensamiento de que ellas fortalecen en nosotros las verdades imperecederas de la filosofía espiritualista. Con emoción hemos oído, pues, en la última sesión de la Academia francesa, afirmar á nuestro ilustre Secretario pépétuo los grandes principios, que *son las mismas fuentes de la más pura ciencia*. Esta sublime manifestacion permanecerá siendo un honor y una fuerza para la ciencia francesa. Feliz soy, viendo que se ha presentado la ocasion de ensalzarle en el seno de nuestra Academia, y de tributarle una cordial adhesión.»

*Apéndice A.—Una hipótesis sobre el Diluvio* por el abate Gáinet (autor de la *Biblia sin la Biblia*). El diluvio universal cae bajo el dominio de la historia. Sobre estos testimonios históricos, la santa Escritura es como una columna luminosa que domina á todos los demás documentos por la antigüedad, sencillez y majestad de su relato. La geología da la razon á la historia, y recibe de ella nuevas luces. La contemporaneidad del diluvio geológico y del diluvio bíblico es tan probada como posible. Sin embargo, el diluvio del abate Gáinet es en demasía el diluvio de M. Lambert, que para nosotros no es el diluvio de Moisés.

*Apéndice B.—El proceso original de Galileo, publicado por primera vez*, por Domingo Berti. M. Berti ciertamente ha publicado estos documentos con intencion hostil. Ha querido reanimar las acusaciones envenenadas que despues de más de dos siglos reptitense todavía cada día. En mi conviccion profunda ha hecho como Balaam: vino para maldecir, y se extendió á pesar suyo en bendiciones,

porque estos documentos originales ponen perfectamente en evidencia los hechos siguientes: 1.º Galileo fué únicamente encausado con motivo de su carta al R. P. Castelli, ó de su excursion en el dominio de la esplicacion bíblica y de la teología. Galileo cayó en un grande error que envenenó todo; miró como falsas en su sentido propio las palabras de Josué: *¡Sol, detente!* mientras que estas palabras, en cuanto sirven para mandar á uno de los cuerpos celestes con el objeto de prolongar la duracion del día, son verdaderas y necesarias, aun en el sistema de Copérnico; la prueba es que todos los astrónomos, hoy día todavía, dicen y dirán siempre: el sol sale, el sol se pone, el sol pasa por el meridiano, el sol se detiene en el solsticio, etc. 2.º Por haber usado de frases equívocas sobre el mandato de guardar un silencio completo sobre el sistema de Copérnico que se le hizo en presencia del cardenal Belarmino, y por el hecho de la fragante violacion de la promesa que hizo, Galileo fué amenazado con el exámen riguroso ó el tormento; pero el mismo M. Berti se apresura á reconocer que las amenazas no fueron ejecutadas. Galileo fué tratado hasta el fin con dulzura y con el mayor miramiento. 3.º Los derechos de la ciencia y de la verdad fueron respetados por el hecho de que la opinion de Copérnico era autorizada ó tolerada como hipótesis científica, completamente independiente de los Libros santos. 4.º Galileo en sus interrogaciones afirmó que condenaba y abjuraba verdaderamente el sistema de Copérnico. 5.º Era la filosofía, es decir, la ciencia del tiempo la que afirmaba la inmovilidad del Sol y la movilidad de la Tierra, como era también la ciencia de Galileo la que declaraba incompatible la inmovilidad del Sol y el mandato: *¡Sol, detente!* 6.º La condenacion de Galileo, en las condiciones en que fué pronunciada, era necesaria, inevitable, eminentemente razonable y razonada. Aquella se comprende, pero lo que no se comprende es el consentimiento dado por Galileo á la sentencia pronunciada contra él, ó sea su abjuracion. 7.º El Santo Oficio se engañó, pero permaneció al menos

consecuente consigo mismo; sólo pueden mostrarse inexorables los que no saben que la Fe es el más necesario y el mayor de los bienes, no solamente del hombre individual, sino también de las sociedades humanas, y que pasarse para salvarla es un accidente desagradable pero honroso. El pobre sabio, al contrario, se mostró débil é inconsecuente hasta el exceso; esto es una abdicacion desesperadora. 8.º El texto de la sentencia prueba también que es obra exclusiva de los doce cardenales cuyos nombres lleva, y que de ningún modo es un juicio dogmático de la Iglesia universal, ó del soberano Pontífice juzgando y hablando *ex cathedra*.

La veracidad absoluta de los Libros santos y la infalibilidad de la Iglesia están salvadas.

*Apéndice C.—Estudio crítico sobre el texto, las doctrinas y el autor del Eclesiastés*, por el abate Motais. Siendo principalmente mi objeto, en los *Esplendores*, defender la verdad científica de los libros inspirados, no debía ocuparme de su autenticidad y moralidad, pero he creído debía hacer una escepcion en favor del libro del *Eclesiastés*.—*El autor*. Basta enumerar los mil sistemas arbitrarios inventados por los críticos alemanes para hacerle justicia; se refutan, se rechazan los unos á los otros. El Eclesiastés, hijo de David y rey de Jerusalem, designado al principio del libro por el texto hebreo y los Setenta es evidentemente Salomon.—*La obra*. ¿Cómo este tratado sublime, que expone con tanta elocuencia la nada de las cosas humanas, el gobierno misterioso de la Providencia y la necesidad de la virtud, sería una obra impregnada de escepticismo, de materialismo, de epicureismo? No solamente el Eclesiastés no niega en ninguna parte, al contrario afirma la inmortalidad del alma. «El espíritu del hombre sube hácia el cielo, y el de la bestia descende á la tierra. El polvo torna á la tierra de donde era, y el espíritu vuelve á Dios que lo dió.»—*El tiempo*. Salomon escribió esta obra en el fin de su vida.

*Apéndice D.—Demostracion de la existencia de Dios por la obra de los seis días*. Este apéndice es un resumen substancial en una série de artículos publicados por el R. P. Carnoldi en la *Civiltá cattolica*, la sabia revista de los jesuitas de Florencia, de junio de 1875 á mayo de 1877. El autor demuestra invenciblemente que, fuera de la existencia de Dios, sólo se encuentran en la naturaleza principios sin fundamento, efectos sin causa eficiente, ó efectos no realizados, es decir, contradiccion y nada.

La obra del primer día: *Los elementos*.—Los elementos ó átomos de los cuerpos son evidentemente artículos manufacturados que indican un obrero eterno y todopoderoso.

La obra del día segundo: *La formacion de los cuerpos inorgánicos*.—Su materia y forma no tienen en sí mismas su razon suficiente.

La obra del día tercero: *Los cuerpos celestes*.—El éter... Separados de la existencia de Dios, la naturaleza, las fuerzas de la naturaleza, los hechos naturales no son más que palabras vacías de sentido, bajo las cuales se oculta una ignorancia profunda ó una impiedad irracional. La existencia del éter, principio ó causa inmediata de la atraccion universal, agente postrero de todos los fenómenos de la naturaleza, luz, calor, electricidad, magnetismo, etc., es la prueba más evidente é irrecusable de la existencia de Dios.

La obra del día cuarto: *La creacion de las plantas*.—Es imposible admitir que, en virtud de combinaciones químicas, la materia pueda jamás adquirir la forma substancial ó el principio vital de la planta, ni la virtud que tiene el grano de hacerla germinar. La vida vegetal sólo pudo aparecer en la tierra por la accion inmediata de un sér todopoderoso y sabio... La tésis darwinista aplicada á las plantas sólo es una pura hipótesis, que no está apoyada en prueba ó hecho alguno.

La obra del día quinto: *La creacion de los animales*.—Si las plantas deben ser producidas inmediatamente por Dios en los primeros individuos de su especie, los anima-

les, que, por asociación de la vida sensitiva á la vida vegetativa, son más perfectos que las plantas, exigen con mucha más razón la creación inmediata. Sería locura afirmar que la belleza, la variedad, el orden de los organismos animales son el resultado fortuito de un encuentro accidental de moléculas ó de átomos sin vida. Los instintos tan admirables que guían al animal en todo lo que concierne á la nutrición, generación, distribución de su habitación, fabricación de armas ó de redes, con que aprisiona á su presa, etc., indican evidentemente la existencia de un motor ó principio intermediario, que debe necesariamente proceder de Dios. El mismo inmortal Cuivier ha determinado á grandes rasgos y de una manera admirable la distinción entre el animal y el hombre.

La obra del día sexto: 1.º *La creación del hombre.*—Todo lo que se ha dicho de las plantas y de los animales, se aplica con mucha más razón al hombre. El alma humana, substancial, única, simple y espiritual, debió ser creada en su totalidad por una creación inmediata. 2.º *El hombre considerado en su naturaleza física.* Si es imposible admitir que un mosaico, por ejemplo, el de la Transfiguración de Rafael, háyase formado por el solo encuentro de piedrecitas coloreadas, sin idea creadora y sin poder coordinador, es incomparablemente más absurdo admitir la transformación fantástica de los séres, partiendo del ínfimo límite del reino mineral, y elevándose gradualmente hasta alcanzar el límite supremo del reino animal. 3.º *Su esencia física.* La impresión que constituye á nuestra inteligencia en estado de inteligencia activa ó en acto, tiene un valor absoluto; ella es la voz de una verdad, de una justicia, de una bondad universal, la cual no advierte solamente á cada uno, sino que manda á todos y obliga á todos; es, pues, la voz de Aquel que es superior á todas las criaturas racionales; no puede ser más que la voz de Dios. Luego Dios existe. 4.º *La verdad católica sobre el hombre.* La verdadera definición del hombre es: *Animal racional.* El hombre tiene una vida intelectual, que

tiene su principio inmaterial, substancial y subsistente en el mismo: su nombre propio es el alma. El alma es la forma substancial del cuerpo, es á la vez intelectual, sensitiva y vegetativa; es el principio por el cual somos, vivimos, sentimos y comprendemos. El cuerpo y el alma unidos no forman más que una sola persona, un solo yo; su unión es inmediata y universal. El alma es toda en todo el cuerpo, y toda en cada una de sus partes. Está presente en cada una de las partes por la totalidad de su esencia, pero no por la totalidad de su potencia, que ejerce diversamente por los distintos órganos. El alma sólo puede tener su origen y principio en una creación inmediata de Dios; cada hombre recibe de Dios su alma intelectual propia; esta alma es creada en el momento en que es infundida en el cuerpo, es decir, en el fin de la generación humana. 5.º *La voluntad humana.* Nosotros no somos libres de aspirar ó de no aspirar al sosiego de nuestra voluntad. Esta tendencia natural y necesaria no puede disminuir en nada nuestra voluntad; tiene al contrario su razón de ser. Para satisfacerla es preciso la verdad y la bondad infinitas. Luego es á Dios á quien tiene necesariamente el hombre por sus dos facultades esenciales, la inteligencia y la voluntad; luego Dios existe. 6.º *La sociabilidad humana.* El hombre es hecho esencialmente para la sociedad, la sociedad es para el hombre el deseo y el objeto de la naturaleza. Pero la sociedad, como la entiende la naturaleza, es imposible sin Dios; luego la misma naturaleza nos enseña que hay Dios. 7.º *La creencia universal del género humano.* Es un hecho constante y general que el género humano todo entero ha creído en un Dios eterno, autor y conservador del universo, juez supremo de las acciones humanas. ¡Qué elocuencia en estas conclusiones de M. de Quatrefages! (*Especie humana.* 1877). He buscado el ateísmo en las razas humanas, así en las más inferiores como en las más elevadas. El ateísmo no está en parte alguna, sino en estado errático, y ninguna raza humana es atea.»